

en huir cada cual por donde pudo. El Señor, según su promesa, los entregó en las manos de Israel, que les fué acuchillando hasta Sidon la grande, y hasta las aguas de Maserefot y campo de Masfé por espacio de quince leguas, y fué tal la mortandad que causó en ellos, que parecía no haber quedado ni aun reliquias de un ejército innumerable. Cayeron en poder de Josué los caballos y carros de sus enemigos, y Josué hizo como le había mandado el Señor. Desjarretó las corvas de los caballos y entregó al fuego los carros.

No tenemos noticias mas circunstanciadas de esta inmensa derrota; pero sabemos que las consecuencias en esta parte del norte fueron semejantes á las del año anterior en la parte del mediodía, y que la derrota del lago de Meron se pareció á la de Gabaon y la superó mucho. En seguida de esta mortífera persecución, volvió Josué sobre la ciudad de Asor, corte del rey Jabin, que había hecho de generalísimo en aquella liga. Huyendo este rey de en medio de la dispersion, logró entrarse en ella y trató de defenderla. Josué la puso el cerco y la batió con todas sus fuerzas. No se puede decir á punto fijo, cuánto tiempo resistió esta ciudad, acaso la mas fuerte de los Cananeos; pero al fin fué asaltada y pasada con su rey á filo de espada, saqueada y quemada. Tomó Josué todas las ciudades del contorno y á sus reyes y todo lo pasó á filo de espada, como se lo había mandado Moisés, siervo del Señor; y se apoderó de todo el territorio montuoso y de la tierra de Gesen y de la llanura y de la parte occidental y del monte de Israel y de sus campiñas, y de la parte del monte Seir hasta Baalgad y de las llanuras del Líbano hasta el monte Hermon. Cogió todos sus reyes y los pasó á filo de espada. Mucho tiempo peleó Josué contra estos reyes. No hubo ciudad que se entregase por sí á los Israelitas, fuera de los habitantes de Gabaon, sino que todas fueron tomadas á fuerza de armas. Y quitó la vida Josué á los Enaceos de las montañas de Hebron y de Dabir y de Anab y de todos los montes de

Judá y de Israel, y arruinó todas las ciudades. Ninguno dejó del linaje de los Enaceos en la tierra de los hijos de Israel. Tomó, pues, toda la tierra, como el Señor había prometido á Moisés, y la entregó á los hijos de Israel para que la poseyesen, según sus porciones y tribus, y la tierra reposó de guerras. Veinte y nueve reyes vencidos y pasados á filo de espada por Josué, y millones de Cananeos tratados del mismo modo, dejaban á los hijos de Israel des poblado un vasto terreno que debían ocupar.

DIVISION DE LA TIERRA PROMETIDA.

Las continuas victorias de los hijos de Israel durante el espacio de seis años de una guerra la mas sangrienta que jamás se había conocido, llevaron la conquista al estado en que Dios la quería para hacer su distribucion. No estaba, es verdad, subyugado aun todo el pais de Canaan, pero la mayor parte de él estaba ya despoblada. Aun había Cananeos en la tierra de Abraham, Isaac y Jacob, mas se hallaban encerrados en un corto número de plazas, de cuyos recintos no se atrevían á salir. No había punto en toda la Palestina, considerado lo largo y lo ancho de ella, tanto por mediodía y norte, como por oriente y occidente, donde el general de Israel no hubiese exterminado bastante número de idólatras para preparar habitacion cómoda á las tribus que iban á ocuparla. Hasta aquí la guerra se había hecho por toda la nacion reunida, pero verificada la reparticion, cada una de las tribus debía hacerla suya y reducir á sus enemigos al paso que ella se fuese aumentando, hasta exterminarlos enteramente, cuando ella se hallase en estado de ocupar toda su suerte.

Josué en la edad de cien años, á que había llegado

felizmente, tenia cumplida, con tanta dicha como gloria, la primera parte de su comision, que era la conquista de la tierra de Canaan. Ya no se le pedian mas batallas ni mas victorias; pero se le pedia que evacuase la segunda, que era el repartimiento de la tierra conquistada entre los hijos de Israel. Ocupacion importante y propia de su larga experiencia y del gran crédito que le habian adquirido en todo Israel los favores del Cielo. Todo estaba ya quieto en el pais, y la guerra se habia hecho de un modo tan terrible, que los restos cananeos no habian quedado con gana de volver á ella. Se contentaban con reparar y fortificar las pocas plazas que les habian quedado, y cultivar sus cercanias para mantenerse, dejando todo lo demás á sus vencedores.

Primer sorteo.

De este tiempo de paz quizo valerse el Señor para la reparticion, y dijo á Josué: Has envejecido y eres de mucha edad, reparte la tierra que deben poseer las nueve tribus y media que no tienen suerte; y Josué entró luego en esta difícil operacion con la misma buena voluntad y con el mismo celo que habia tomado sobre sí la conquista de la tierra que iba á repartir. Moises habia hecho ya parte de esta obra, señalando á las dos tribus de Ruben y Gad y á la media de Manasés las tierras que habian sido conquistadas, al otro lado del Jordán, de los reyes amorreos Sehon y Og; pero habia que repartir la tierra de esta parte del rio entre las nueve tribus y media restantes, y esto era lo que se mandaba aquí á Josué. Unido como siempre al sumo sacerdote, y auxiliados uno y otro por los principes de las familias de cada una de las tribus, pusieron luego la mano en esta grave operacion. Se empezó por medir toda la tierra y conocer las diversas calidades de ella, y hecha esta averiguacion, en la que se empleó mucho tiempo, se pasó á dividirla en las nueve partes y media que el Señor habia mandado.

Cuando esta segunda operacion, que tambien ocupó bastante tiempo, estuvo concluida, se convocó á una reunion de toda la nacion al rededor del tabernáculo, que estaba en el campamento de Gálgala, y se procedió al sorteo. Se habian escrito por su orden los nombres de las nueve tribus y media, que eran interesadas en este gran negocio. Las cédulas de los nombres no se encantaban, sino únicamente la de las porciones de tierra. Judá estaba en la posesion de ser la primera, desde que la fué prometido el cetro y el sumo honor de descender algun dia de su sangre el Salvador del mundo, y á ella se habia de adjudicar la primera porcion que saliese por suerte. Á esta se seguian Efrain y Manasés, hijos de José, y adoptados por su abuelo Jacob para componer dos tribus. Benjamin, el hermanito querido de José, é hijo segundo de Raquel, esposa muy amada de Jacob, entraba despues. Seguian Simeon, Zabulon é Isacar, hijos de Lia, Aser, hijo de Bala su criada, y últimamente Nephtalí y Dan, hijos de Zelfa criada de Raquel. Se presentó el primero el nombre de Judá; se sacó la suerte primera y se halló que la cabia la porcion mas meridional de la Palestina, la misma que en tono profético habia anunciado Jacob y Moises, poco antes de morir, á esta tribu.

Bien se vió entonces lo que despues se escribió en el libro de los Proverbios. Esto es, que las suertes se echan en el seno ó cántaro, pero que el Señor es quien las ordena. Siguiéron presentándose en segundo y tercer lugar los nombres de Efrain y de la media tribu de Manasés, que se llamaban la casa de José, y les cupieron en suerte dos porciones vecinas la una á la otra, subiendo de mediodía al setentrion, y terminándose ambas al oriente por el Jordán, y al occidente por el mar. No se pasó mas adelante por este dia en la distribucion de la tierra conquistada de este lado del Jordán, y se disolvió la gran reunion convocada en el campamento de Gálgala, remitiendo la continuacion de esta grave operacion á la que

se verificó algun tiempo despues en Silo, adonde se habia trasladado el arca del Señor.

Demanda de Caleb.

Disuelta la junta general, se suscitaron algunas contestaciones acerca de los terrenos sorteados. La primera fué movida por la tribu de Judá con motivo de las justas pretenciones de Caleb. Habia sido este buen Israelita compañero de Josué cuando Moisés, cuarenta y cinco años antes, envió á estos dos grandes hombres con otros diez de los principales del pueblo á reconocer la tierra de promision. Ya se ha dicho extensamente lo que sucedió en aquella triste ocasion, y entonces fué cuando el Señor, tan justiciero para con los diez Israelitas cobardes que desanimaron al pueblo, como generoso para con Josué y Caleb que le animaban á la conquista, no solo les prometió la entrada en la tierra de promision, que ningun hombre de veinte años y arriba, ni aun Aaron y Moisés consiguieron, sino tambien una posesion particular en ella, á mas de la que les tocase como familias de sus tribus; y esta posesion que el Señor habia prometido entonces á Caleb, era la que este fiel Israelita y valiente veterano queria ahora se le señalase en las ciudades de Hebron y Dabir. Habian tocado estas á la tribu de Judá y se resistia á desprenderse de ellas. El venerable anciano, de edad ya de ochenta y cinco años, llevó su demanda al tribunal de Josué, y la apoyó en pocas palabras, pero con aquel aire noble y guerrero que en su misma sencillez lleva un no sé qué de persuasion y consentimiento.

Bien sabes, dijo á Josué, que el Señor habló á Moisés, hombre de Dios, de ti y de mí en Cadesbarne. De cuarenta años era yo cuando me envió Moisés, siervo del Señor, de Cadesbarne para que considerase la tierra, y yo le dije lo que me pareció verdadero; pero mis hermanos que habian servido conmigo, hicieron desmayar el

ánimo del pueblo, y á pesar de esto yo seguí al Señor, mi Dios; y en aquel dia me juró Moisés, diciendo: La tierra que holló tu pié será tu posesion y la de tus hijos para siempre, por cuanto has seguido al Señor, mi Dios. El Señor me ha concedido vida hasta el dia presente, segun me lo prometió. Cuarenta y cinco años ha que el Señor habló esto á Moisés cuando andaba Israel por el desierto. Hoy tengo ochenta y cinco años con tan robusta salud como la tenia en aquel tiempo en que fui á explorar la tierra; y el vigor de aquella edad se conserva en mí hasta hoy, tanto para combatir, como para caminar. Dáme, pues, este monte (era el de Hebron) que me prometió el Señor, oyéndolo tambien tú, en el que estan los Enaceos y hay ciudades grandes y fuertes. El Señor será conmigo y podré exterminarlos, como me lo prometió. Aquí cesó el buen anciano y esperó la resolucion. Una defensa hecha con este aire debió ser muy del gusto de Josué, que tambien era guerrero, franco y semejante á Caleb. Por otra parte, le constaba personalmente la verdad de todo lo que alegaba, y los príncipes de Judá nada hallaron que decir contra unas pruebas tan patentes. Por consiguiente Josué decidió en favor del valeroso anciano y le adjudicó el monte de Hebron con sus dependencias, bendiciéndole y pidiendo al mismo tiempo al Señor que bendijese todas sus empresas. Desde este dia fué Hebron de Caleb, hijo de Jefone, porque siguió al Señor, Dios de Israel.

Demanda de las tribus de Efrain y Manasés.

Á la demanda de Caleb, tan felizmente concluida, se siguió la de las tribus de Efrain y Manasés, que componian la casa de José. Estas dos tribus se presentaron á Josué, diciendo: ¿Porqué nos has dado una sola suerte y una sola parte, siendo nosotros tanta multitud y habiéndonos multiplicado el Señor con su bendicion? Bien sabian

estos quejosos que se le habia dado posesion de las dos partes que les habian tocado por suerte, pero querian decir con esto, que las dos no valian sino por una, en atencion á su multitud y á que cualquiera de ellas bastaba para poblar el terreno que estaba desmontando y libre de Cananeos. Sé que componeis un pueblo numeroso, les dijo Josué. Subid á esos cerros montuosos, desmontad terrenos en la tierra de los Fereceos y Rafaimitas, puesto que la posesion del monte Efrain es estrecha para vosotros. Las tribus que se quejaban sabian tan bien como Josué este medio de extender las porciones que le habian cabido, pero no querian entrar en este trabajo y esperaban que, perteneciendo Josué á la casa de José, quitaria algunas tierras á las otras tribus para aplicarlas á ellas; pero los que mandan bien, nunca son de familia, cuando se trata de hacer justicia. No se aquietaron estas tribus porfiadas con la respuesta del general, y le dijeron: No podrémos subir á las montañas, usando de carros armados los Cananeos que viven en las llanuras que las rodean y son dueños de la fortaleza de Bazan y sus dependencias y del valle de Jezrael; pero Josué insistió en su resolucion, y con un aire muy propio para darles á entender la debilidad de sus excusas, les dijo: Vosotros os gloriáis de ser un pueblo muy numeroso y valiente, pues á vosotros toca adquiriros otra suerte y no contentaros con una. Atacad á esos Cananeos que llamais fuertísimos, y á pesar de sus carros armados quedarán vencidos y deshechos, porque el Señor será con vosotros. Entonces os posesionaréis de los valles y despues subiréis á las montañas, las desmontaréis y cultivaréis y extenderéis admirablemente vuestras suertes. Conocieron las dos tribus que era el general muy perspicaz para que le deslumbrasen razones aparentes, y muy firme y entero para no llevar adelante sus determinaciones, y desistieron de su demanda, contentos con mirar como parte de su posesion el terreno que se les mandaba conquistar.

TRASLACION DEL ARCA SANTA DE GÁLGALA Á SILO.

Con esto se concluyeron los negocios sobre los terrenos sorteados y adjudicados á las tres primeras tribus, pero faltaba sortear los terrenos que se habian de adjudicar á las siete restantes. Para esto juzgó Josué que convenia dejar el campo de Gálgala, situado á la entrada de la tierra de Canaan, y pasar á establecerse en su centro, para que el pueblo pudiese acudir allí de todas partes con mas facilidad y ser mejor gobernado, tanto en el asunto de sorteo, como en todos los demás negocios. Se eligió el punto de Silo en la tribu de Efrain, distante como unas quince leguas de Gálgala, y se emprendió la traslacion. En ella se guardó el mismo orden que observaba Moises en sus viajes. Los sacerdotes llevaban sobre sus hombros el arca santa, y los levitas el tabernáculo y el atrio. El sumo sacerdote Eleazar presidia á este cuerpo sacerdotal y levítico, y el general Josué á todas las tribus que marchaban por batallones en rededor del arca. Despues de algunos dias, necesarios para caminar un pueblo entero con sus ancianos, mujeres y niños, llegaron á Silo con tanta tranquilidad como si el pais hubiera estado enteramente desierto ú habitado solo por Israelitas. Tal era el espanto que el general, puesto al frente de sus tropas, infundia en sus enemigos; porque aun habia un crecido número en las montañas y en algunas plazas fuertes, y que pudieran haberles molestado en la marcha. Siete años habia estado en Gálgala el arca santa en medio de pabelones, y en medio de los mismos permaneció en Silo cerca de cuatrocientos.

Segundo sorteo.

Habian quedado siete tribus que aun no recibieron sus porciones de la tierra prometida, porque en Gálgala solo se sortearon tres que tocaron á Judá, Efrain y Manasés, y era ya tiempo de concluir operacion tan indispensable; pero habian ocurrido desde entonces reclamaciones y dificultades que hacian necesaria una nueva medicion y reparticion de las tierras. Josué quiso que se hiciese, y les dijo: Elegid tres varones de cada tribu para que yo los envíe y vayan á dar una vuelta á la tierra, hagan su demarcacion y me le traigan. La dividirán en siete partes, pues Judá quedará en sus términos y lo mismo la casa de José, y vendréis á mí para que delante del Señor, vuestro Dios, os eche aquí las suertes. Fueron elegidos los demarcadores y Josué les envió á cumplir su encargo. Recorrieron la tierra por todas partes sin que nadie les impidiese ni estorbases; no porque los idólatras, de los que habia aun en el país un número muy considerable, no mirasen con una pena rabiosa la demarcacion y division de la tierra de Canaan, sino porque se veían precisados á callar, pues conocian que el primer movimiento hostil traeria sobre ellos su total ruina. Volvieron los encargados y presentaron á Josué la demarcacion de la tierra que pertenecia á las siete tribus, dividida en siete partes.

Josué reunió á los príncipes y ancianos de las tribus y echó las suertes delante del Señor. Á la tribu de Benjamin tocó su parte entre la de Judá por mediodía y la de Efrain por norte, y se extendia desde el Jordán por oriente hasta cerca del Mediterráneo por poniente. La de Simeon se halló colocada por la suerte á lo largo del Mediterráneo, subiendo de mediodía á norte, en un terreno que se cortó á la tribu de Judá, porque se la consideró demasadamente grande con respecto á las demás, y todavía quedó de tanta extension, que se pudo separar otro terreno hácia las costas del mar tocando á los Filisteos,

para la tribu de Dan. Las de Isacar, Zabulon, Nephtali y Aser lograron sus posesiones mas al norte que las de Efrain y Manasés, las cuales vinieron á ocupar el centro.

Todas las tribus tenian ya sus suertes, unas al oriente y otras al occidente del Jordán, y estaban contentas con ellas. La de Leví no habia entrado en el repartimiento del terreno; sin embargo era la mas favorecida. La pertenecian todos los diezmos y primicias, la redencion de todos los primogénitos, todas las ofrendas y los votos, y una gran parte de todos los sacrificios, y además cuarenta y ocho ciudades con sus ejidos y tierras que las rodeaban hasta la distancia de mil pasos ó varas fuera de muros. Caleb tenia ya tambien su porcion particular, tal como el Señor se la habia prometido; solo Josué, general de los ejércitos del Señor, y sucesor de Moisés en el gobierno del pueblo escogido por Dios, parecia estar olvidado en la distribucion de un terreno que al frente de los valientes de Israel habia conquistado. Nadie parecia acordarse de que su general y su jefe tenia como Caleb una promesa de Dios para poseer una porcion particular en su tribu, que perteneciese especialmente á su persona, y él no la recordaba. Los hijos de Israel, aunque tarde, se acordaron de las órdenes del Señor dadas á su siervo Moisés de premiar á Josué, y le ofrecieron con la mejor voluntad el terreno que le agradase escoger. Josué se inclinó á la ciudad de Tamnath Saraa, situada en su tribu de Efrain y vecina al campamento de Silo, y esa le fué concedida para siempre.

Tamnath Saraa se llamó así por la esterilidad de su terreno. Era una ciudad pequeña y casi destruida, y la eleccion de esta ciudad despreciable manifiesta la modestia, el desprendimiento, la piedad y la religion de este grande hombre. Despues de haber repartido á todos sus suertes, tanto comunes como particulares, recibe el último la suya y se contenta con la que era inútil para los otros; pero está cerca de Silo, ciudad santa, donde reside el arca del Señor, y su piedad y religion prefieren

á todo esta cercanía. Josué la reedificó, fijó en ella su residencia y preparó su sepulero. Esta despreciable ciudad llegó á ser con el tiempo una de las mas célebres de la Tierra santa y se llamó *Tamnasemes*, que quiere decir *Imágen del sol*, porque los Israelitas pusieron sobre el sepulero de Josué, que estaba en ella, la imágen del sol, para perpetuar la memoria de haberse parado el sol, mandado por Josué.

Fué de gran consuelo para este y para el sumo pontífice Eleazar tener sus habitaciones tan cercanas, porque les proporcionaban reunirse con la facilidad y frecuencia que pedían la gravedad y multitud de los negocios que debían evacuar y decidir. Mayor aun fué el que tuvieron al ver concluido tan felizmente el encargo que el Señor les había hecho de repartir, en union con los príncipes de las familias y tribus de los hijos de Israel, la tierra prometida, y haberle evacuado á satisfaccion de tanta multitud de interesados. Todo se había terminado en Silo, cerca del tabernáculo y del arca santa, donde con un modo sensible presidía el Señor á las deliberaciones.

Ciudades de asilo y levíticas.

Aun no se habían señalado ciudades de asilo ó refugio á este lado del Jordán, y se destinaron la de Cedes en la tribu de Nephtalí, al norte; la de Siquem en la de Efrain, en el centro; y la de Hebroñ en la de Judá, al mediodía. Moisés había señalado al otro lado del rio la de Gaulon en la media tribu de Manasés, al norte; la de Ramot en la de Gad, en el centro; y la de Bosor en la de Ruben, al mediodía. Así quedaron en Israel seis ciudades destinadas al refugio de los reos por muertes involuntarias y otros casos que se expresaban en la ley. También se procedió á la eleccion de cuarenta y ocho ciudades para la tribu de Leví, que no había tenido parte en la distribucion de la tierra, y á la que estaba decre-

tado este número de ciudades con sus ejidos para habitacion de las personas y manutencion de sus ganados, como ya se ha dicho. Eran tres los hijos de Leví; Gerson, Caat y Merari. La familia de Caat tuvo el primer lugar entre las familias levíticas. Aaron y Moisés, que eran de esta familia, fueron la porcion mas principal de la descendencia de Leví. Moisés fué el legislador y conductor de Israel, y Aaron el sumo sacerdote del Altísimo y la cabeza del sacerdocio, segun el orden de Melquisedec. Se destinaron, pues, en primer lugar trece ciudades para la familia sacerdotal, que señaló la suerte dirigida por la mano del Señor en la tribu en que había de estar algun dia el famoso templo de Salomon, y en las dos mas cercanas á ella. Las treinta y cinco restantes, destinadas para los levitas, fueron señaladas también por la suerte en el resto de las tribus. Así todas las ciudades de los levitas quedaron derramadas entre todas las tribus de Israel.

JOSUÉ DESPIDE LOS CUARENTA MIL SOLDADOS ISRAELITAS DEL OTRO LADO DEL JORDÁN.

La conquista general y los negocios comunes á toda la nacion estaban concluidos, y solo quedaban conquistas y negocios parciales que debían hacer y evacuar por sí cada una de las tribus. Llegadas las cosas á este punto, Josué trató de despedir y enviar con la bendicion de Dios á los cuarenta mil soldados de las tribus de Ruben, Gad y mitad de Manasés, que habían venido de vanguardia á la conquista de la tierra de Canaan, dejando todas sus familias á la otra parte del rio. Llamó, pues, Josué á los Rubenitas y Gaditas y á la media tribu de Manasés, y les dijo: Habeis cumplido todo lo que os